

REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

AÑO IV (1918). NÚM. 27

Manuel del Palacio

(CONTINUACIÓN)

En 1865 coleccionó Palacio sus poesías políticas de los ocho años precedentes, en un libro así titulado: *De Tetuán á Valencia haciendo noche en Miraflores. Viaje cómico al interior de la política*. También, á fines del mismo año, en relación con los planes revolucionarios del general Prim, hizo un viaje á Cádiz, que él mismo nos refiere en un artículo de *Páginas sueltas*. El día de Nochebuena, y cuando se disponía á emprender una aventurilla amorosa, recibió una visita del general Milán del Bosch, el cual le hizo saber que Prim deseaba hablarle. Presentóse Palacio á Don Juan, y como resultado de la entrevista partió aquella misma noche para la ciudad andaluza. No se preparaba mal el asunto, aunque D. José González de la Vega, en quien Prim fiaba, esquivó el cuerpo disimuladamente; pero la prematura intentona de Prim en Aranjuez, hizo fracasar todo el proyecto de insurrección.

Palacio, pues, siguió sus celebradas campañas en *Gil Blas*. A causa de haber contraído su madre segundas nupcias, después de prolongada viudez, decidió establecerse con independencia, y tomó, en efecto, una casa en la calle del Ave María. Allí se dedicó á escribir asiduamente, «sin más compañía—dice él—que un ama de llaves de dieciocho años y una maritornes de cincuenta.»

Era en 1867 gobernador de Madrid D. Carlos Marfori, á quien Palacio conocía desde Granada. Parece que Marfori no veía á Palacio con buenos ojos, y que, disgustado por los saetazos de que *Gil Blas* le hacía blanco, resolvió sentar la mano á su antiguo amigo. Ya en el carnaval de aquel año avisaron á Palacio de que intentaba prenderle el gobernador, y se libró paseando con un disfraz y en coche por el Prado; mientras que Rivera, no tan avisado, cayó en manos de la policía, y Blasco tuvo igualmente que

andar á salto de mata. Pasó aquel chubasco, sin embargo, y ya Palacio y sus amigos andaban libremente por las calles de Madrid, cuando se avecinó para nuestro poeta un peligro más grave. Motivo para ello fueron unos versos satíricos que infundadamente—según propia declaración,—se le atribuyeron; «versos—dice él—doblemente indecentes, porque sobre ser indecentes eran anónimos.»

La noche del 25 de Mayo se estrenó en el teatro de la Zarzuela la obra *Don Pedro Calderón*, de Patricio de la Escosura. Al final del segundo acto salía Palacio á felicitar al autor, cuando se encontró con Narciso Serra, quien le hizo saber que un polizonte le buscaba las vueltas. No hizo Palacio gran caso del aviso. «Llegamos—dice—al saloncillo, donde ya había corrido la noticia, siendo muchos los que me rodearon para aconsejarme. Salas y Goztambide proponían que no saliera del teatro, seguros de que escondido allí era imposible empresa dar conmigo. Algarra me brindaba su estudio de la calle de San Agustín, al que me llevaría disfrazado á las altas horas, dándole aviso al Conde de San Luis, vecino y propietario de la casa. Hasta hubo quien inició la idea de organizar una ronda que armándose en la guardarropía cerrara á enchilladas con los polizontes si éstos esperaban en la calle el término de la función.»

A todo se negó Palacio. A la hora acostumbrada se trasladó á su casa, y por aquella noche nadie le molestó; mas á la siguiente mañana presentáronse en su casa dos agentes. Y entonces pasó lo que relatan los siguientes versos:

Tranquilo se hallaba y libre,
 hasta donde puede estarlo
 un hombre de su calibre,
 cuando fueron á sacarlo
 del lecho en que reposaba
 á eso del amanecer.
 Y sin decirle una frase,
 como aquel que en el sainete
apaga la luz y vase,
 le pillaron entre siete
 y dieron con su persona
 en un coche de alquiler.

Pronto las brisas suaves
 que vienen de las afueras,
 y el gorjeo de las aves,
 y la voz de las lecheras
 que venden en las esquinas

líquidos al pormenor,
le enteraron del destino
y dirección que llevaba;
y al acabar el camino
vió, sin sorpresa, que estaba
enfrente del Saladero
y al lado de un inspector.

Abrió las puertas un mozo
tan esbelto como rudo,
y en el mismo calabozo
que ilustrara Cabezudo
y otros muchos *literatos*
de su vuelo y su magín,
allí fué donde metido
me tuvieron largas horas,
dulcemente entretenido
repasando las *doloras*
que llenaban las paredes
de castellano y latín.

Renuncio á pintar los goces
de aquellas horas felices,
aturdido por las voces,
blindado por las narices
para evitar los efluvios
de la atmósfera local;
dormíme á muy poco rato
sobre la tarima dura,
y fué mi sueño tan grato
que aun evoco su dulzura,
como el niño que recuerda
la paliza maternal.

Después, y á los pocos días,
dió el tren en Cádiz conmigo.
¡Adiós, muertas alegrías!
¡Adiós, seres que bendigo!
El fardo de mi existencia
va á pasar á otro almacén.

A América destinado
va por mi contraria suerte,
mas si no llega averiado,
y no llegará, que es fuerte,
acaso, cuando allá vuelva,
lo paguen algunos bien. ¹

¹ *Un liberal pasado por agua*, pág. 26.

El día 30 de mayo, á las dos de la tarde, zarpó, en efecto, de Cádiz el vapor de la Trasatlántica *Infanta Isabel*, en que Palacio marchaba desterrado á Puerto Rico. En las *Páginas sueltas* y en los versos de *Un liberal pasado por agua* pueden verse noticias de este viaje. En el mismo vapor iban, y con Palacio compartieron los ocios de la navegación, el coronel D. Pedro Caso, desterrado de Valladolid á Canarias, y el general D. Rafael Primo de Rivera, á quien, bajo pretexto del nombramiento de segundo cabo, se enviaba también á Puerto Rico por razones políticas. Palacio, por encargo expreso de D. Antonio López, mereció todas las consideraciones por parte del capitán del buque.

En la mañana del 14 de junio ancló el *Infanta Isabel* en la bahía de San Juan de Puerto Rico. En el desembarcadero esperaban á Palacio algunos buenos amigos, que le hicieron un cariñoso recibimiento: Mariano Gómez, médico militar; Elicio Berriz, comandante de Artillería; el canónigo Pedro Llorente; el Marqués de Camposanto y José María Valverde, magistrados de la Audiencia; Antonio Quintanilla, juez; y Pablo Camacho, que había ido á la escuela con Palacio en Soria. Con ellos había otras muchas personas deseosas de conocer al redactor de *Gil Blas*.

Acompañado por un ayudante del Capitán General, D. José María Marchesi, se presentó Palacio en la Fortaleza. Marchesi le recibió afablemente, y le hizo saber que era libre para andar á su antojo por toda la isla, siempre que no saliese de ella.

La sincera amistad de Mariano Gómez obvió á Palacio todas las dificultades que en país desconocido podían presentarse á un desterrado: le dispuso una habitación junto á la suya en el Hotel del Universo; le dió una llave de su mesa de escritorio, para que dispusiera de cuanto dinero le fuere preciso, y asiduamente le llevó á teatros y diversiones. La vida que Palacio hizo en San Juan, está por él mismo resumida en estas palabras:

«Acostarnos de cinco á seis de la mañana, después de pasar la noche en el Casino, donde se jugaba á eso y á lo otro, se contaban cuentos, se tocaba el piano y se hablaba mal del gobierno, lo mismo ni más ni menos que en la Península.

«Dormir unas cuantas horas en una buena hamaca por encontrar que la cama ordinaria, ó sea la de lona tirante, no pasa de ser un quebrantahuesos.

«Levantarnos á las once, ó antes si era preciso, y desnudarnos ó vestirnos á balcón abierto, contemplando la entrada de los barcos en la bahía, ó la salida á la azotea con traje blanco y pelo tendido de las niñas del comandante de marina Sr. Viñalet.

«Almorzar sin calor y libres de moscas, gracias á un aparato de listones de madera con flecos de papel recortado que un negrito ponía en movimiento por medio de una cuerda.

«Hacer la visita diaria al Hospital militar, donde abundaban las enfermedades y los enfermos, y donde iba yo con los médicos en clase de ayudante, para lo cual solicité y obtuve el correspondiente permiso.

«Reunirnos todas las tardes, de seis á siete, en la plaza con otros amigos, y saliendo por Puerta de Tierra, tomar el camino de Cangrejos, único sitio en que el aire circulaba libremente, y volver por el mismo camino, después de llegar á la altura de la quinta de D. Jorge Lafimer, cónsul inglés que vivía y bebía muy bien, y que nos obsequiaba algunas veces.

«Comer á la vuelta Mariano y yo solos, ó á la mesa redonda del hotel, excepto los días en que comíamos con amigos y camaradas del calibre de Manolo Camposanto, de Obregón, comandante del presidio, que tenía un gran cocinero chino, del padre Llorente, y otros más ó menos padres.

«Pasar las primeras horas de la noche en alguna casa de las dos ó tres que se daban allí el tono de recibir, una de las cuales, la más distinguida y en la que mejor se entretenía el rato, era la de un maestro de obras negro y rico, que sumaba hasta cuatro hijas como cuatro tizonas, pero admirablemente educadas, pues lo mismo hablaban el alemán que el francés; igual tocaban el piano que el violín y el arpa, y tan pronto se hacían aplaudir cantando trozos de Rossini ó de Verdi como destrozaban los corazones bailando aquellos tanguitos que con tanta gracia improvisaba Tavarez, otro negro. Las cenas con que generalmente terminaban los bailes, eran notables por la esplendidez, y debo decir en honor del anfitrión que su copa se alzaba siempre la primera al brindar por España.»

Mes y medio ó dos meses estuvo Palacio en la capital. Luego, por consejo y por mediación de Mariano Gómez, fué á Ponce con los hermanos Alomar, «cuya compañía y cuyo cariño—dice él—convirtieron las amargas horas del destierro en deliciosos días de campo.»

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).

SONETOS

I

BURGOS

Burgos tiene las dos torres gemelas
De su Iglesia Mayor mirando al cielo;
Estas agujas sienten el anhelo
De erigirse del sueño en centinelas.

Si eres Quijote, con las torres vuelas
Del ágil Clavileño en ancho vuelo
A otras regiones altas, sin recelo
De cansar al corcel con tus espuelas.

Pararrayos de luz fuerte y dorada,
Por do quiera verás aquestas torres,
Atalayando el firmamento, puras.

Y en tu visión de luz atormentada,
De estas agujas la visión no borres,
Que serán tu caballo de aventuras.

II

TOLEDO

¡Mi Toledo, mis calles tortuosas,
Mi Cristo de la Luz y mis conventos
Hornacinas y patios, monumentos
Del moro con tus piedras portentosas!

Oyendo misa, he visto vigorosas
Figuras de Doménico. ¡En tormentos
Se retuercen los santos cual sarmientos!
¡Oh, hidalgas telas, grises y gloriosas!

Yo soy aqueste hidalgo toledano
Que está empuñando el pomo de la espada.
Con el alba me ven los Cigarreales,

Por la noche cortejo á mi velada,
Al acostarme, al corazón la mano,
Cuento á la Virgen mis dolientes males.

III

ALBA DE TORMES

Alba de Tormes tiene su Castillo;
 Del claro río espeja la corriente
 Tu peregrina vega sonriente
 Que cantó Garcilaso, el gran caudillo.

Las glorias de los Duques, su cuchillo
 Y su horca, Teresa la doliente,
 De los Perales la parlara fuente,
 Son tu timbre de honor y tu martillo.

¡Alba de Tormes, madre: eres la fosa
 Donde yacen de muerte mis querellas!
 ¡Con Teresa me tienes enterrado!

Yo picaré tu piedra pizarrosa.
 Tienes el corazón adormilado,
 No dejas ver la luz de las estrellas!

José SÁNCHEZ ROJAS.

Las jornadas de Aranjuez

Aranjuez 20 de Mayo de 1826.

Sr. Don Juan de Montealegre,

Mi estimado amigo y paisano: Tiempo es ya que le escriba noticiándole mi feliz llegada á ésta y poniendo en su conocimiento, para que usted lo haga en la tertulia, de cuanto vi y oí en el real sitio donde, *Deo volente*, permaneceré tres semanas. El viaje, mi estimado don Juan, aunque no largo, fué pesado para mi edad, pero me consuela el que trajo mi correligionario el Marqués de Cártama, que ostenta la representación de Málaga. Veinte días con sus noches correspondientes invirtió en llegar á la Corte, en galera acelerada, con sus paradas incómodas en ventas y mesones, y aderezadas con los tiritos de *siete niños de Écija*, partida que impide la libertad del paso, como los mayores no la ajusten en debida forma.

Claro que nosotros llevábamos cierto temor al llegar á tierra de pinares, donde merodean algunas cuadrillas de facinerosos; pero quiso la suerte que desde Arévalo nos acompañasen cuatro parejas de carabineros reales, que iban á Madrid en asuntos del servicio.

Como la Corte está aquí desde el pasado Abril, la concurrencia es, además de numerosa, escogida. Gran parte de la nobleza reside en sus fincas y casas de recreo, desplegando en todo fausto considerable. Pero el eje de la vida en Aranjuez es nuestro muy amado Monarca Don Fernando VII (q. D. g.), tan querido de su pueblo, como fino y obsequioso con las damas. Con Don Fernando, animan fiestas y saraos la bondadosa reina Amelia, las bellas Infantas Doña Francisca, Doña Carlota y la Princesa de Beira, acogidas en todas partes con merecida simpatía. Como elemento importante siguen á la Corte azafatas y camaristas, muchas de ellas hermosas viudas ó huérfanas de antiguos servidores palatinos, el Cuerpo diplomático en pleno y todos los Ministros con sus empleados predilectos.

Debo manifestarle, mi buen Don Juan, que tras de la Corte vino un enjambre de pretendientes á sinecuras y prebendas, que posó sus reales en este ameno lugar en espera de que sus anhelos se logren, buscando ocasiones propicias, que aquí solo se dan, en las que el Rey se fije en sus personas, ó que una mirada benévola se traduzca en promesa explícita á sus ansias. Estos señores no creen en el favor de un Ministro; todo lo esperan de la magnanimidad del Monarca. Pertenecientes en su mayoría á cierta clase de la sociedad, conservan con los fulgores de una posición que se derrumba, parentescos y amistades para lograr un buen cargo oficial, sólo á ellos asequible, pues las pretensiones subalternas no llegan á tales latitudes, como usted no ignora.

Así es que por estos jardines maravillosos, por estos parques de ensueño, donde todo convida al placer, vense cruzar trenes lujosos, elegantes damiselas, bien porfados currutacos, apuestos militares, venerables mitrados, magistrados y covachuelistas, corregidores é intendentes. Los días de besamano, cuando la Corte viste sus galas y corren las fuentes, es imposible dar un paso por la real residencia. Afluyen de Madrid, en calesa y demás vehículos, muchísimas personas; y de pueblos comarcanos vienen á la villa con sus típicos trajes bastantes campesinos y ribereños, en el barato *coche* de San Francisco los más.

La guarnición la forman tropas escogidas de los Reales Cuerpos de la Guardia, veteranos casi todos que lucen en sus casacas

las medallas de distinción de Bailén y Talavera, y tienen por Jefe al viejo general Don Blas Fournás, que luchó en los cerros riosicanos, defendió dos veces á la invicta Zaragoza, y sirvió á las órdenes de Alvarez de Castro, en el sitio de la inmortal Gerona.

Aunque su majestad anda algo resentido de su preciosa salud, según dicen, recorre muchos días á pie los jardines, da paseos por el Tajo, recibe á las comisiones que vienen de todas partes á cumplimentarle ó á solicitar su apoyo para mejoras locales, y le queda tiempo para asistir á las animadas tertulias que en el jardín de la Isla forman damas tan encopetadas y hermosas, como la Duquesa viuda de Benavente, la de Malpica, Puñonrostro, Villahermosa, Oñate, etc. El Rey, á quien acompañan siempre el Duque de Alagón y el Sumiller de Corps, Conde de la Puebla del Maestre, hace gala de su trato fino, de su gracia inagotable, que se desborda en felices ocurrencias, tan celebradas entre el bello sexo.

Muchas de estas noches primaverales se aprovechan en fiestas y saraos. Hay reuniones en las que aristocráticos aficionados representan los más aplaudidos sainetes, se juega al *monte*, se celebran animados cotillones, y entre danzas y valeses, se practica el *ecarté*, juego de moda, que todavía no se conoce entre los vallisoletanos.

No le extrañará, pasando á otro orden de cosas, mi estimado Don Juan, que en un tan reducido lugar donde se reúne lo más selecto de la sociedad, predomine el entusiasmo y la alegría, ni falte el amor, ni sus galanteos, y confundidos tantos elementos sociales, hagan acto de presencia las amorosas intrigas, algunas atrevidillas, según los mil y un comentaristas que nunca faltan en estas reuniones. Y siendo aquí el Rey la cabeza visible, lógica consecuencia es que tampoco se libre de la chismografía predominante, dando pie para ello su proverbial galantería con las damas.

Vea usted por donde dase con visos de verosimilitud, una anécdota reciente, dicese que ocurrida entre Su Majestad y el Jefe de su ronda.

Al organizarse últimamente los servicios policíacos, nombróse una sección especial para la salvaguardia del soberano. Es jefe de ella el Coronel Don Trinidad Balboa, que si como militar es un gran ordenancista, como policía está demostrando ser un sabueso de los finos. Nada se escapa á su vigilancia, y se precia en decir que conoce todos los secretos, incluso los más altos y repetables. Para demostrarlo, en uno de los partes diarios que en cumpli-

miento de su misión dió al Monarca, decía «*que no ocurría más novedad por el real sitio, que la alarma en que vivían los fieles súbditos de S. M. temiendo que los aires fríos y húmedos de la noche en los jardines, atacaran su preciosa salud*».

El efecto causado por tal extremada ingerencia, no debió sentar muy bien á Don Fernando, que comprendiendo por *dónde iban los tiros*, se limitó, con adusto ceño, á contestar al oficioso Balboa: «*cierta clase de indagaciones pueden concluir con un viaje á Ceuta*».

La opinión, al comentar lo ocurrido, se pregunta: ¿Quién es Balboa para entrometerse en tales menesteres de orden puramente personal y privativo? Su perepicacia de hombre listo debiera apuntar á otra parte, pues en una Corte en que todo ó casi todo se hace por el regio favor, nada de particular tiene que la augusta persona sea á veces rodeada y aún asediada por mujeres pretenciosas.....

Muy suyo devoto amigo.—*Pío Valdesoto*.

Por la transcripción:

JOSE A. YAQUE

DEL MANUSCRITO DE UN ERÓTICO

CELOS...

Has matado una ilusión
Y acabaste con mi vida;
Porque has abierto la herida
En el propio corazón.

Te oí un día sonreír
Y creí que era soñar;
Pero hoy me has hecho pensar
En que supiste mentir.

Y el alma sufre y delira
Sólo pensando que ha sido
Posible que haya nacido
En tu labio una mentira.

Ni has tenido la ilusión
Ni has sabido comprender

Que eres el ser de mi ser,
Que eres mi única pasión;

Que si un ruego te pedí
No fué porque en mí pensara,
Sino porque no acabara
El sueño que había en ti;

Que no es mi propia ventura
La que yo busco en el mundo...
¡Ah! ¡Es mi amor tan profundo!
¡Es tan grande mi locura!...

¡Es tan inmensa, alma mía
Que todo lo de hoy olvido!...
¡No, mi bien, tú no has mentido!
¡Aún ríes como aquel día...

EDUARDO JULIÁ MARTÍNEZ

ESPIGANDO EN CAMPO AJENO

LAS COPLAS DE NUEVE VERSOS EN LA POESÍA CASTELLANA DEL SIGLO XV

(Conclusión).

Antepone la quintilla en la dedicada á expresar la diversa índole de las composiciones contenidas en su *Cancionero*, diciendo:

«Este libro va meitades
Hecho de lodo y de oro;
La meitad es de verdades,
La otra de vanidades,
Por que yo mezquino lloro;
Que cuando era mozo potro,
Sin tener seso ninguno,
El cuerpo quiso lo uno
Agora el alma lo otro»;

mientras que en esta otra, «barajando lo sagrado y lo profano con tal desenvoltura que recuerda (á juicio de Menéndez y Pelayo) la de ciertas *doloras*» de Campoamor, ocupa la quintilla el último lugar.

«Hoy mirandoos á porfia,
Tal pasión passé por vos,
Que no escuché la de Dios
Con la rabia de la mía.
Los nudos que en el cordón
Distes vos alegre y leda,
Como nudos de pasión,¹
Vos los dísteis en la seda,
Yo los dí en el corazón».

Al llegar ya al eximio poeta castellano Don Gómez Manrique (1412-1490), injustamente obscurecido casi hasta nuestros días, aprovecho la ocasión para rectificar un grave yerro que se deslizó de pasada en el capítulo III de los *Apuntes* citados al principio.² No lo haré invocando el

¹ Sospecho que tales *nudos* servían para contar las estaciones del *Via Crucis*; pues tal composición fué hecha por el poeta «al ver á su amiga *hacer los nudos de la Pasión en un cordón de seda*» ó para ir anotando *las siete palabras*, ya que son de este mismo género otras coplas del mismo autor compiladas debajo del título: «*En Viernes de indulgencias, predicando la pasión*».

² Pag. 47 donde se lee: «las de Gómez Manrique (hermano del dulce autor de las conocidas *coplas*)».

testimonio de Menéndez y Pelayo, ni tampoco recurriendo á la monumental obra del grave genealogista Salazar y Castro *Historia de la Casa de Lara*, también por él citada, sino aduciendo un testigo más en consonancia con este trabajo, á Juan del Enzina, quien en su *Teatro de la fama*, suponiéndose transportado á la fuente de Castalia, «á do vió á muchos poetas beber por cobrar aliento de gran estilo», escribió:

Allí también vi de nuestra nación
 Muy claros varones, personas discretas
 Acá en nuestra lengua muy grandes poetas
 Prudentes, muy dotos, de gran perfección.

 E Gómez Manrique también allí vino
 E el claro Don Jorge, *su noble sobrino*
 E mas otros muchos que tengo olvidados.

Baste para quedar deslindado el parentesco; y volviendo á nuestro Don Gómez, hallaremos en su *Cancionero* ejemplos relativos al tema, que nos colmarán las medidas, cuales son estos contenidos en el *Loor á la muy excelente señora doña Juana, Reyna de los Reynos de Castilla* (la esposa de D. Enrique IV) cuya hermosura cantó así:

«Vuestras façiones polidas,
 Reyna de las castellanas,
 Tan perfetas son é sanas,
 Que no parecen humanas,
 Mas del cielo deçendidas:
 Tanto que la su beldad
 Escurece las más bellas,
 Como fase las estrellas
 El sol con su claridad.
 El son de vuestro hablar,
 En los oydos que suena,
 No pone, mas quita pena,
 Como faze la serena
 Con el su dulce cantar.
 El mirar de vuestros ojos,
 Los quales se vuelven tarde,
 Al fuerte faze cobarde,
 Y al muy triste sin enojos».

¡Lástima grande que no corriera parejas con tal belleza la conducta de la heroína de tan sonoros versos, y que lejos de ser *tan amiga de cordura é contraria de soltura*, como la deseaba el poeta, fuera andando el tiempo la madre de *la Beltraneja!*

A mejor sujeto dedicó el mismo Don Gómez un largo doctrinal de buen gobierno dirigido á los Reyes Católicos en los comienzos de su glorioso reinado (antes de 1478) que intituló *Regimiento de Príncipes*, al cual pertenecen estas estrofas encaminadas á la Reina Doña Isabel:

El rezar de los salterios
 El decir bien de las horas
 Dexad á las oradoras
 Qu' están en los monesterios.
 Vos, señora, por regir
 Vuestros pueblos é regiones
 Por fazerlos bien vevir

.

Cá non vos demandarán
 Cuenta de lo que rezays;
 Ni si vos disciplinays
 No vos lo preguntarán;
 No vos lo preguntarán;
 De justicia si fezistes
 Despojada de pasión,
 Si los culpados punistes
 O malos exemplos distes
 Desto será la quistión.

Y llegamos ya al famoso Juan del Enzina, *padre de la comedia española*, que si bien lo mismo pertenece al siglo XV que al XVI, puesto que los sesenta años de su vida (1469-1529) encajan por partes casi iguales en ambos siglos, puede sin violencia adjudicarse al XV en cuanto hace á nuestro propósito, no sólo porque los pasajes que he de citar de sus obras se hallan incluidos en el *Cancionero* impreso en 1496, cuya dedicatoria á los Reyes Católicos declara que *fueron hechas desde los catorce años á los veinticinco*, invocando donosamente á su favor el privilegio de la menor edad, sino porque desde los comienzos del siglo XVI pasó su vida en Roma alegrando con sus *églogas* las poco edificantes fiestas del Cardenal de Aragón y de otros licenciosos personajes de la fastuosa corte de León X.

No diré yo que su estancia en Roma le hiciera olvidar la *medida vieja*, ó sea el popularísimo octosílabo peninsular; pero es lo cierto que su *Trivagia* se halla escrita en versos de arte mayor, en dodecasílabos, sin duda por influencia del gusto italiano.

Empero durante el siglo XV y antes de salir de su terruño Juan del Enzina, debió frecuentar más que otro alguno las coplas de nueve versos, pues que se hallan en todas sus obras, pero ofreciendo una novedad que no debe pasar inadvertida. Antes de él puede afirmarse que eran independientes los dos elementos integrantes de tales coplas, pues unos eran los consonantes que regían en la estrofa de cuatro versos y otros los elegidos para la rima de la quintilla, dando por resultado cuatro temas distintos de consonancia, como puede observarlo el curioso en todos los ejemplos hasta aquí presentados; mas Juan del Enzina, sin duda para dar más unidad á la copla de nueve octosílabos, reduce á tres los consonantes, haciendo que el primer verso de la quintilla tenga igual desinencia que el último de la redondilla precedente, resultando constantemente el si-

guiente orden de rima: *a, b, b, a; a, c, a, a, c*, que jamás altera, subordinando á él hasta el diálogo, como es de ver en una de sus *Representaciones*, celebrada en el castillo de Alba de Tormes poco antes de imprimir su *Cancionero*, en que se lee:

MATEO

Déjate desas barajas
Que poca ganancia cobras;
Yo conozco bien tus obras;
Todas no valen dos pajas.

JUAN

No has tu visto las alhajas
Que tengo só mi pellón;
Esas obras que sobajas
Son regojos é migajas
Que se escuelan del zurrón».

Quien así sujetaba el diálogo á la forma métrica ¡con cuánta más fidelidad lo observaría en los parlamentos! Y sirva de confirmación el siguiente tomado de la misma *Representación*, retando á sus émulos ante sus señores los Duques de Alba con estos arrogantes términos:

Delante de esos señores
Quien me quisiere tachar,
Yo me obrigo de le dar
Por un error mil errores.
Tenme por de los mejores;
Cafa que estás engañado;
Que sí quieres de pastores
O si de trobas mayores,
De todo sé, ¡Dios loado!
Y no dudo haber errado
En algún mi viejo escrito;
Que cuando era zagalito
Non sabía cuasi nada;
Mas agora va labrada
Tan por arte mi labor,
Que, aunque sea remirada,
No habrá cosa mal trobada
Si no miente et escritor. ¹

En el mismo metro y en idénticas estrofas escribió su composición festiva la *Almoneda*, que comienza de esta suerte:

¹ Esto es: salvo errata del copista ó amanuense.

Los que quisieren mercar
 Aquestas cosas siguientes,
 Mírenlas é paren mientes,
 Que non se deben tardar:
 Porque después de cenar
 El bachiller Babilonia
 Las quiere malbaratar,
 Que se quiere ir á estudiar
 Al estudio de Bolonia...

á cuya introducción sigue una larga tiramira de libros y enseres entre los cuales figuran:

.....
 E un libro de cetrerías
 Para cazar quien pudiere
 E unas nuevas profecías.
 Que dicen que en nuestros días
 Será lo que Dios quisiere;

repetiendo estos últimos versos en su donoso *Juicio sacado por Juan del Enzina de lo más cierto de toda la astrología*, primera muestra en nuestra literatura, según Menéndez y Pelayo, de las composiciones burlescas, que con el título de *Juicio del año* suelen estamparse en los almanaques, cuando dijo:

Mas quiero, como sufiere,
 Declarar las profecías
 Que dicen que en nuestros días
 Será lo que Dios quisiere:
 Porque nadie desespere,
 Hasta el año de quinientos
 Vivirá quien no muriere;
 Será cierto lo que fuere
 Por más que corran los vientos;

á las cuales perogrulladas siguen otras muchas y algunas malignas, que con soberana chispa é incomparable socarronería imitó Quevedo, cuando en su *Visita de los chistes* hizo profetizar á Pero Grullo «cosas que tienen más veras de las que parecen».

JOSÉ ZURITA NIETO

(Continuará).

“EXTRACTOS DE LOS DIARIOS DE LOS VERDESOTOS
DE VALLADOLID”

NOTAS

JUSTA EN VALLADOLID POR LA ENTREGA DE GUADIX

(Véase la apuntación 1 de los «Extractos»)

En todos los tiempos las conquistas de ciudades, posesiones de territorios y victorias de los ejércitos propios, se han solemnizado cumplidamente, dando entrada en esas «alegrías», como entonces se decía, ó en esas fiestas, como se ha dicho después, al pueblo soberano, dispuesto siempre á celebrar con regocijos más ó menos públicos, todo hecho significativo, tenga ó no tenga importancia para la nación.

Tenálo, y de gran interés, la entrega á los Reyes Católicos de la ciudad de Guadix, hecha el 30 de diciembre de 1489 por el emir Abdallah el Zagal, ciudad que por ser el último refugio del hermano del gran emir granadino Muley Abul Hacen, iba allanando á los monarcas castellanos la realización de su plan de conquista del reino granadino, á donde dirigieron sus miras los Reyes así que se consolidó la tranquilidad interior del reino. Reducido á la nada el poderío del Zagal (el Valeroso), solamente quedaba Boabdil (el Rey chico) ó Muley Bauduli, como le llamaron en varios documentos los nuestros, ó el Zogoibi (el Desventurado), como le calificaron los moros, siendo su nombre también Abdallah como su tío el Zagal.

La imprudencia de Muley Abul Hacen de apoderarse de Zahara, que era de los castellanos por conquista de Don Fernando de Antequera, luego rey de Aragón, fué el motivo que sirvió de excusa á los Reyes Católicos para tomar en seguida Alhama, y afianzar sus pensamientos de arrojar de la península al pueblo árabe. Las batallas y tomas de Lucena (donde fué hecho cautivo Boabdil), Vélez, Málaga, Baza, Almería y Guadix, prepararon el plan de conquista de Granada; y aunque los castellanos tuvieran que sentir sendos descalabros en Loja y en la Aljarquía, las discordias nacidas entre la sultana Aixa (la Honesta) y Zoraya (el Lucero de la mañana), bella cautiva cristiana que conquistó el corazón del vehemente Muley Hacen; la abdicación de éste y la división del reino de Granada entre el Zagal y Boabdil, hermano aquél de Muley, é hijo del emir y de Aixa, éste, prepararon el campo á nuestros Reyes Católicos, que ya no cejaron hasta sentar sus estandartes en la Alhambra.

La entrega de Guadix, último refugio del enfermo Zagal fué, como se ha dicho, de gran significación; de Guadix salió Muley Abdallah para su reducido territorio de Andarax, que se le señaló por señoría y que abandonó pronto, mediante venta por cinco millones de maravedís al mismo rey Don Fernando, para ir á servir al rey de Fez, quien preparó su andrajosa vida y funesta muerte.

No era de extrañar, pues, que al aviso de las «nuevas» de Guadix, es decir, de su entrega á los Reyes Católicos, la villa de Valladolid, muy afecta á Doña Isabel y Don Fernando aun antes de ser reyes de Castilla, se aprestase á solemnizar con populares fiestas acontecimiento de tal relieve; y como en todas esas fiestas el Concejo había de tomar una participación muy activa, indudablemente preparó las justas que se celebraron el domingo día 8 de febrero de 1490, basándome para suponer que fué el Concejo de la villa el que costeaba y organizaba las justas, espectáculo tan de la época, en que Don Pedro Pimentel, Antonio Franco, Martín de Tobar, Alonso de Virues y Jorge de León, por lo menos, eran regidores de Valladolid, eso sí no lo era también el significado caballero Don Sancho de Bazán, y ya no probable el Mota que citan los *Extractos*.

Don Pedro Pimentel, regidor, era hermano del famoso Don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, tan conocido en la época de Don Enrique IV y de los Reyes Católicos. Debía ser Don Pedro un buen justador: justó en Valladolid también, donde tuvo su casi continua residencia, en la celebradísima justa que se celebró el 5 de abril de 1475, al venir á la villa por primera vez siendo rey, Don Fernando el Católico, en cuya justa tomó parte lo más florido de la corte: el rey, el duque de Alba, los condes de Benavente y de Salinas, el adelantado de Castilla y otros caballeros. Don Pedro Pimentel tuvo la merindad de Valladolid por orden de su hermano el conde, como se verá en la nota al apunte 7. Fué el que alzó el pendón por los Reyes Católicos el 29 de diciembre de 1474, en esta villa, al ser proclamados reyes.

Antonio Franco, regidor también, era persona muy señalada y en los últimos años del siglo XV se le llamaba ya señor Antonio Franco. Muchos del apellido Franco hubo en Valladolid en el mentado siglo: el Doctor Diego González Franco, que falleció el 5 de junio de 1462; un García Franco casado con Doña María de Saravia, de cuyo matrimonio nació Pedro de Cariagena (7 marzo 1456), gran trovador, muerto por los moros en Loja (22 mayo 1486). Otro ó el mismo García Franco figura como regidor el 29 de diciembre de 1474, al dar la obediencia á doña Isabel. Es probable que de él pasara el oficio de regidor á Antonio Franco, si fué su hijo.

De Don Sancho de Bazán diré algo en la nota al 5.

El apellido Tovar o Tobar fué muy corriente en Valladolid, como que uno de los linajes en que se repartían los oficios del Concejo era de Tovar y otro el de Reoyo, y se repiten los regidores de ese apellido citado. Al Martín le sucedió en el Regimiento, Pedro de Tovar.

Alonso de Virues fué otro regidor, precisamente muy activo, del Concejo vallisoletano. Es muy probable fuera pariente del Gerónimo de Virues que, con Juan de Luzón y Juan de San Pedro, hizo sacar de la prisión

a un preso para que pregonase al Condestable Don Alvaro de Luna cuando le llevaron a degollar, volviendo después aquél a la cárcel. (V. *Don Alvaro de Luna según testimonios inéditos de la época*, por D. León de Corral, pág. 92).

Alonso de Virues tuvo comisiones de gran interés e importancia, como la que le dieron en compañía de Juan de la Cuadra (24 febrero 1500) para que fuese por treinta días a Sevilla (con 200 mrs. cada día a cada uno) para tratar con sus altezas los reyes de cosas tocantes a estos y a la villa; y la que le encargaron en 11 de mayo del mismo año para que llevase una carta a Medina del Campo y tratase de asuntos relacionados a la villa y a Medina sobre las ferias, por ciertas pretensiones de los mercaderes de Valladolid que se habían presentado al regimiento.

Jorge de León era también regidor de Valladolid, y a la vez que él había otro regidor llamado Francisco de León. Debían ser sucesores de Pedro de León que era alcalde en 5 de mayo de 1455 y estuvo casado con María Alvarez, naciéndoles el 5 de agosto de 1459 un hijo que se llamó Francisco. Es probable, pues, que ese Pedro fuera pariente de Francisco y de Jorge de León. También fué regidor de Valladolid el comendador Francisco de León, que asistió con el regimiento a dar la obediencia a Doña Isabel la Católica el 29 de diciembre de 1474, comendador que cita Antolínez (*Hist. de Vall.*, pág. 199), pero no dice que fuera regidor, otorgando con otros señores en 25 de abril de 1487, la regla de la cofradía de San Lorenzo unida a la de San Gil y a la de la Natividad de Nuestra Señora, establecida en la capilla de San Lorenzo de la iglesia mayor, cuyas interesantes bóvedas mudéjares aún se conservan en lo que ahora es archivo. Un Pedro de León fué de los primeros colegiales del de Santa Cruz, que se inauguró el 25 de febrero de 1484.

El criado del obispo de Palencia, que citan los *Extractos* solo con el apellido Mota, es casi seguro fuera García Ruiz de la Mota, hermano, por tanto, del obispo de Badajoz y luego de Palencia, Don Pedro Ruiz de la Mota, llamado el maestro Mota. Excuso indicar que el obispo de Palencia de quien era criado Mota, era Fr. Alonso de Burgos. El Mota obispo anduvo siempre con la corte o cerca de ella; tuvo la abadía de Foncea; vivió en Flandes; señalaba las provisiones con el chanciller; fué limosnero de Don Carlos V; no residió en su diócesis, y se hizo más notable, así como su hermano, por ser el que pronunció el discurso de apertura de cortes en las famosas celebradas en marzo y abril de 1520 en Santiago y la Coruña, y su hermano García Ruiz de la Mota, que arregló algunos asuntos en la diócesis de Badajoz, el que como procurador por Burgos, contestó al rey Don Carlos V en las cortes citadas, aprobando o proponiendo aprobar el servicio que se pedía, ocasionando sendos disgustos esa actitud francamente realista, los cuales se patentizaron en Palencia contra todo lo que era del obispo, aunque este se hallaba en Flandes. Ambos Mota fueron hijos de Garci Ruiz de la Mota, alcalde mayor de Burgos y comendador de Montijo en la orden de Santiago. Esa circunstancia de ser de Burgos estos Mota, y ser de la misma provincia Fray Alonso de Burgos, da alguna probabilidad, como he dicho, de ser el

citado criado de este sabio y generoso prelado, García Ruiz de la Mota, hijo.

ENTREGA DE SIMANCAS A DON FERNANDO EL CATÓLICO
EN 1490.

(V. la apunt. 2)

En el deseo los Reyes Católicos de organizar sobre bases muy distintas la defensa tanto interior como exterior del reino, fueron haciéndose cargo de los castillos y fortalezas que tenían los primates de Castilla, y ello, con la prohibición de que se construyeran otros, con la refundación de la Santa Hermandad y otras disposiciones que aminoraron de raíz las cuantiosas rentas que algunas familias poseían, hizo abatir la ambición de éstas y comprender que la energía de los reyes iba derecha a que estos mismos reinasen con todos los amplios poderes que da la realeza, no a que fuesen movidos, como había sucedido tantas veces en el mismo siglo XV, por las intrigas, odios, rencores y combinaciones de los magnates. Afortunadamente, la nobleza, sino de buen grado, por lo menos con tranquila resignación, favoreció los ideales de Doña Isabel y Don Fernando, y no opuso resistencia alguna, que hubiera costado rebeliones y revueltas sin fin, a las restringidas órdenes que mermaron el caudal y estados de familias tan poderosas como los de los Mendoza, Pimentel y Enríquez. A pesar de ser próximos parientes de los reyes el almirante Don Alonso Enríquez y su sucesor Don Fadrique II, y ser éste, como otros muchos más nobles, de la absoluta confianza de los reyes de Castilla y Aragón, éstos se posesionaron de algunos castillos, fortalezas y pueblos de que eran señores en pleno dominio algunos nobles, y se entregó al rey Simancas, que era del almirante Don Fadrique Enríquez, del mismo a quien arrestó y desterró Doña Isabel por no haber respetado siendo joven un seguro por ella dado.

Los *Extractos* citan este hecho de la entrega de Simancas a Don Fernando, señalando el día en que se celebró y quién la recibió en nombre del rey.

JUAN AGAPITO Y REVILLA

(Continuará).

DE MIS MEMORIAS

EL CANTÓN SALMANTINO

Aún sienten algunas gentes de Salamanca (pocas ya, porque han pasado muchos años) los escalofríos del terror cuando recuerdan nuestra época cantonal; y, sin embargo, yo no tengo memoria de una tranquilidad paradisiaca y de una paz octaviana como la de aquella temporada en que la ciudad, rotas las trabas nacionales, se regía á sí misma, libre, feliz é independiente.

Una buena mañana el viejo criado de mis padres, que había presenciado el asalto de nuestra casa cuando la revolución setembrina, entró en el comedor lívido y desencajado, con el junco de los buñuelos en una mano y la cuerna de la leche en la otra, sonando como un azogado la botonadura de acero de sus calzones.

—Señorito—dijo á mi padre—ya podemos tomar soleta; los republicanos están en cantón; la metá de los vecinos de la calle han escapao como gato por tirante. No quedan más que Don Joaquín el párroco y otros dos u tres que están liando el petate.

—¡El cantón!—gritaron horrorizadas mi madre y mis tías—¡El cantón! Dios nos libre y nos defienda.

—Mira, Mario, debemos huir pronto, no nos den un susto como el de la Gloriosa—observó mi madre angustiada.

—Ahora, como entonces, esperaremos en casa lo que ocurra. Los que huyen son siempre los que más pierden.

—Señorito, que la cosa está mu mal y que, cuando la gente escapa, no será por náa güeno—murmuró respetuoso el Sr. Pedro, que así se llamaba el criado.

—Os alegraréis cuando todo esto pase, de haberos quedado,—dijo mi padre serenamente.

—Ya que lo quieres..... sea; pero que los niños no vayan á la escuela con estos barullos.

—Con los niños nadie se meterá.

—Pero con D. Fabián sí, porque es carlista, y asaltarán la escuela sin reparar en estas criaturitas.

—Qué han de asaltar; los chicos á las escuela como todos los días y los demás á hacer vida ordinaria como si no pasara nada.

Mi madre y mis tías, con los ojos arrasados en lágrimas, como si nos llevaran á la huesa, nos hicieron el aseo matinal, nos pusieron nuestros largos delantales de hilo crudo, y nosotros, cargados con los libros sujetos en orillos, y el indispensable barril de Tamames, lleno de agua fresca, salimos de casa camino de la escuela.

Un tanto recelosos íbamos de curiosidad de ver el cantón del cual no teníamos otra idea que la de su sinónimo: el exquisito cantón, cantero ó rescaño de pan blanco de los Villares, aun caliente, con que saciábamos el apetito á nuestro regreso.

Vivíamos en la casa que hoy es convento de los Padres Carmelitas, sita en la calle de Padilla y, cuando traspusimos el corralón que forma y salimos á la de Zamora, notamos algunos asomos del grave trastorno: numerosos carros y obreros subían de la Plaza cargados de maderas y herramientas y seguidos de milicianos, con el gorro frigio encasquetado y armados hasta los dientes.

En la misma Puerta de Zamora, desde San Marcos hasta el fielato, se construía una gran zanja honda hasta ocultarse un hombre y coronada de grandes vigas, pedruscos arrancados del pavimento y tierra apisonada sobre todo.

—La barricada—dijonos el criado con un castañeteo de dientes que

nos hizo reír;—es la bar... ricada. Vámonos, que cuando lleguen las tropas, va haber marimorena.

Continuamos hacia abajo y nos encontramos con todas las bocacalles cerradas por los mismos baluartes de la revolución y al querer trasponer el de la calle de Triperas (hoy del Brocense) para ir á la de Caleros, donde el gran D. Fabián A. Polo, el inolvidable maestro, tenía su escuela, Rula, el gran Rula, un muchacho poco mayor que yo y á quien yo trataba en camarada, armado de un fusil enorme, que le subía cuatro pies por encima del gorro frigio, gritó con voz estentórea:

—¡Alto ahí, ciudadanos: al que intente pasar le hago cisco!

—Mira tu bobo el c...,—le dijo nuestro criado, algo recuperado de sus temores,—si haces movición te tragas el fusil con la cartuchera.

—Pasai, pasai—dijo el Rula transigiendo,—pero á la vuelta será ello.

El señor Pedro recapacitó, ante el anuncio del peligroso regreso, y estaba á punto de tornarnos á casa, cuando aparecieron del otro lado de de la trinchera y salvándola con sus airosas cataduras, los más elevados personajes del Cantón, los que constituían el gobierno supremo de la naciente república, los federales salmantinos.

Llevaba la voz cantante Agreda, jefe militar, vestido de gallardo uniforme, con el colgante del gorro frigio cayendo graciosamente sobre el lado izquierdo, arrastrando el sable, sonando las espuelas, con la negra barba rizada y los cuidados mostachos á la borgoñona.

—¿Qué ocurre?—interrogó con voz imperiosa.

—Estos monos que quien pasar—dijo Rula recuperándose—Mia que dir á escuela en día como hoy, al diantre se le ocurre.

—A ti sí que no se te ocurren más que majaderías, amigo Rula—gritó airadamente el jefe—¿No os habéis percatado de que la república federal es libertad para todos los ciudadanos y, en lugar de atraerlos, los estáis ahuyentando y haciendo imposible la vida del Cantón? ¡Que pasen! ¡Que pasen y repasen cuanto quieran, que nosotros seremos escudo y defensa de la infancia estudiosa!

Aquel esbelto personaje, perorando ante el respetuoso silencio del auditorio, en aquellas frases altisonantes, me recordó al Agreda que pocas noches antes representaba, á maravilla, en el Liceo, al Justicia de Aragón en *La Capilla de Lanuza*.

Eran aquellos tiempos de una encantadora sinceridad política, de una franca credulidad en formas ideales del Estado, en que se enlazaban la acción escénica de los dramas románticos de Marcos Zapata con la viva acción de las calles, del parlamento, del club y de las barricadas.

Y pasamos, y, á las doce, repasamos á brinquitos las trincheras sin que nadie, ni siquiera el gran Rula, volviera á oponernos el menor obstáculo.

Al subir la calle de Zamora, desierta de su habitual concurrencia, vimos bajar hacia la Plaza el relevo de la guardia. Le precedía en un airoso caballo blanco, Lalo, mi gran amigo y condiscípulo, que iba destacado á manera de corneta de órdenes y como gala y ornato infantil de la milicia; seguía la música del Hospicio entonando á compás de marcha acelerada,

el himno de Riego, y detrás, la gente de á pie con las armas terciadas sobre el hombro, canturreando entre dientes la famosa letra:

«Constitución á muerte

Será nuestra divisa

Si algún traidor la pisa

La muerte sufrirá».

—

«Paco Riego murió en un cadalso,

No murió por villano y traidor,

Que murió con la espada en la mano

Defendiendo la Constitución».

Al terminar el estribillo «*Constitución á muerte*», Asquete, el partiquino de la charanga, hacía un repicoteado en la lengüeta del cornetín que volvía locos á los milicianos y á los chiquillos. De mí puedo asegurar que me producía un estremecimiento patriótico, una emoción épica, que no he vuelto á sentir ni ante las inmensas sonoridades de la música wagneriana.

De pronto se oyó una voz sonora que gritó: al...to ¡al!

Y paró la música y la tropa quedó á pié firme y se destacó de ella una figura menuda, pero esbelta y de una elegancia refinada, con las botas y la fornitura impecables y recién charoladas y un aire vivaracho y simpático.

—¡Es Ramón!—gritamos nosotros encantados.

Y, efectivamente, aquel fiero guerrero que, separándose del pelotón, avanzaba hacia nosotros, era Ramón, el que nos acariciaba y nos daba caramelos y hacía el amor á nuestra bella vecina.

Apenas llegó nos colgamos de sus béclicos arreaos gritando á coro:

—¡Ramón... caramelos; Ramón... caramelos!

Y no se hizo rogar; vació las cartucheras, nos llenó las manos suplicantes de pastillas de rosa de la Bejarana y de rosquillas de dedo de la señá Reymunda, y se despidió de nosotros diciendo con fingida energía:

—A casa niños, que vamos á tirar muchos tiros.

Luego, requiriendo toda su marcial severidad, gritó:

—¡Mar...chen! ¡March!

Y siguió su marcha la tropa aguerrida, semitonando el consabido:

«Constitución á muerte...»

Aún recuerdo con ternura, al cabo de los años mil, aquel homenaje épico, de las tropas de la guardia, haciendo alto en honor de unas criaturas y siguiendo luego serenamente en marcha *hacia el combate*. Porque es verdad, y lo digo como lo siento, que, en aquellos días, que los tímidos calificaron después irónicamente, se respiraba en Salamanca un ambiente heroico; aquellas gentes, sin duda ilusas (y la creencia aun en ilusiones es respetable), sentían el orgullo de la ciudad-estado á la griega, y yo mismo, cuando oía hablar de mi Salamanca, libre del yugo de Madrid, gobernándose sola, me sentía, á hurtadillas de mi buen padre, más

federal sinalagmático y conmutativo que el propio D. Francisco Pi y Margall.

Aún recuerdo, y era yo muy pequeño, la holgada y deleitosa vida de aquella temporada inolvidable: D. Fabián, sin más alumnos que nosotros, había cerrado la escuela y venía todas las tardes á recrearnos con la graciosa y campanuda lectura de *El papelito Aragonés* y *La Gorda*, que, con la protesta airada de mi padre, ponían como chupa de dómine á los liberales; las provisiones, faltas de mercado, se vendían á precio de cantares, y á diario y sin tasa comíamos cabritos y tostones y pavipollos, y como los lecheros no osaban adulterar su mercancía, nos poníamos como el chico del esquilador de nata y requesones. En fin, una Jauja cantonal que completaban las vistosos ejercicios militares en las eras de las Carmelitas y el pintoresco relieve de la ciudad (cuyas murallas, en mucha parte, estaban vivas), en estado de asedio, con centinelas en las puertas y patrullas de caballería en los caminos y dianas y retretas y puesto de observación en lo alto de la torre de la Catedral y retén en la Plaza y en el Colegio Viejo y toques de alarma cada vez que se divisaba alguna lejana polvareda, que las más de las veces sólo era polvo, y algunas pocas denunciaba el rastro de cervantescos ejércitos... pecuarios.

Don Joaquín, nuestro buen párroco, providencia de aquella feligresía que abarcaba, con el barrio agrícola de la Socampana y el Conejal de los olleros, una buena parte de la calle de Zamora, venía á casa con frecuencia y hablaba con mi padre, en el despacho, de cosas muy reservadas. El ser Don Joaquín uno de los pocos clérigos que permanecía en la ciudad en circunstancias tan peligrosas para la gente de sotana, su carácter abierto y cordial y su admirable sangre fría, le granjearon un extraño ascendiente sobre los cantonales y ¡quién sabe si, gracias á sus buenos consejos, se libró la ciudad del estado anárquico que padecieron Cartagena y otras poblaciones del Reino!

Una noche hubo gran alarma: de Valladolid enviaban tropas contra la ciudad; las había visto desembarcar en la estación de Venta de Pollos el mayoral de la diligencia; y no le parecieron menos de cinco mil hombres de todas las armas, con poderosa artillería.

Don Joaquín vino á casa cuando todos nos íbamos á acostar, acompañado de algunos de los de la Junta Suprema y, como la cosa urgía, ya no se recataron de hablar alto.

El ejército del Gobierno se acercaba á marchas forzadas; antes de veinticuatro horas podía estar á la vista de la ciudad donde se daría la primera batalla (no sería de menor entidad el encuentro, según la frase del general en jefe), y aquí sólo era necesaria una cosa que habían ya previsto y preparado en parte Don Joaquín y mi padre: un hospital de sangre donde atender á los heridos.

Hubo que proceder á todo lo que faltaba con la mayor celeridad: se habilitaron los grandes salones de nuestra casa, la panera, la gran galería, se trajeron colchones de casa del párroco y de alguna otra, las mujeres hacían hilas y vendas, Don Angel Pinto envió medicamentos...

Cuando todo estaba dispuesto y las hermanas de la caridad distribuían

y ordenaban el material sanitario, Don Joaquín, que acompañaba á los de la Suprema, se paró en seco ante ellos y les dijo:

—¿Y no sería mejor que todo esto no hiciera falta?

—¡Cómo!—exclamó Agreda lleno de extrañeza—¿dónde ha visto V. batalla sin heridos?

—Y ¿no se podía evitar esa batalla? ¿Qué sacarías de ella? Sangre, un día de luto para la población, prisiones, fusilamientos..... Después de todo, esto es un alardea que han respondido en pocos sitios y luchar para eso...

—Imposible, señor cura. El cantón salmantino no se rinde y sus tropas derramarán hasta la última gota de sangre.

Aquella afirmación tan gallarda me llenó de entusiasmo, y hubiera yo querido recoger en una exquesita ánfora aquella última gota derramada por la patria chica.

Lo de las tropas fué una alarma que nos tuvo en vilo tres días con una tensión de espíritu que hizo languidecer á los cantonales.

Llegó otro día aviso de que los bejaranos iban á llegar, según unos en son de guerra, según otros en tono de alianza. Y el miedo á los de Béjar (que nos despreciaban y nos llamaban, por aquel entonces, c. l.) era ceraval en Salamanca. Tampoco se cumplió la amenaza, si lo era.

Al fin, un día, las campanas sonaron arrebató, las cornetas daban señales de alarma, tocando llamada en todas las bocacalles, y los defensores del Cantón, convencidos de que había llegado el momento decisivo, se reunieron apresuradamente.

Nuestro hospital estaba ya listo, los labradores de la Puerta de Zamora, acogiéndose á la ciudad, trajeron noticias ciertas de la llegada de tropa de carabineros y...

Y al fin sentimos ensancharse el ánimo con la noticia de que se había parlamentado con los del Gobierno y no se haría resistencia y todo volvería á su ser y estado y no habría castigo para nadie, quedando todo á la resolución del *Jurado*...

Y así acabó el cantón salmantino, aquel intento de emancipación regional, tan incruento y tan económico, en todos sentidos, que no costó ni una gota de sangre, y cuyos gastos, que sufragó el Ayuntamiento, no ascendieron, en tantos días, mas que á la misérrima suma de *cincuenta mil reales*, justificados con tal detalle y exquisita escrupulosidad, que no faltaba recibo (yo vi las cuentas) ni aun de partidas centesimales.

Desvanecidos ya aquellos días en las lejanías de la historia, yo los contemplo como algo bello y pintoresco incorporado á la vida tradicional salmantina, cuyo recuerdo quiero fijar en estas líneas antes de que se pierda, como tantos otros, en los lejanos horizontes de mi infancia.

LUIS MALDONADO

Salamanca-VI-18.

ELEGÍA 2.^a DE GOETHE

Gracias rientes! sus hojas exiguas el poeta os ofrece
 sobre el purísimo altar, rosas uniendo á la vez.
 Grato consuelo le alivia. Que halla siempre el poeta
 gozo en su obra gentil, gozo en su claro panteón:
 Zeus el vértice inclina divino; Juno lo yergue imperiosa;
 Febo sacude al marchar grifa la testa de sol;
 ojos enjutos inclina Minerva; y, lúbrico el Hermes,
 mira á solapa no más, tierno y astuto á la vez;
 ensoñador tras el Baco, Citeres eleva los ojos,
 locos de anhelo, y se ven aun en el mármol llorar;
 el abrazo iniciado remiembra y parece demanda:
 «mi hijo, el apuesto garzón, no ha de á mi lado asistir?

Traducción de

FRANCISCO MALDONADO

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

JUAN ELOY DÍAZ-JIMÉNEZ: *San Isidoro de León*. Madrid, Imp. de San Francisco de Sales, 1917.—Es este, si no estamos equivocados, el último trabajo publicado por el ilustre catedrático y escritor D. Juan Eloy Díaz-Jiménez, no ha mucho fallecido.

Compleetísimo es el estudio que en él se hace del gran monumento leonés. Recorriendo los sucesivos descubrimientos arqueológicos que en él se han hecho, el Sr. Díaz-Jiménez deduce que en la basílica isidoriana existen cuatro obras diferentes, á que responden otros tantos monumentos epigráficos: el primero, la inscripción abierta en la tapa que cubre el sarcófago de Alfonso V el Noble; el segundo, la lápida de dedicación del templo á San Isidoro por los Reyes D. Fernando I y doña Sancha; el tercero, la inscripción sepulcral de Doña Urraca, la de Zamora; el cuarto, el enterramiento de Pedro de Díos, célebre maestro arquitecto que floreció en tiempo de Alfonso VII el Emperador.

* * *

FRAY VICENTE VELÁZQUEZ DE FIGUEROA: *Historia de la Universidad de Valladolid*. Valladolid, Imprenta Castellana, 1918.—Vaya, ante todo, un elogio, tan incondicional como merecido, al Rector de esta Universidad D. Calixto Valverde, que ha tenido el buen acuerdo de perpetuar y difundir la historia de nuestra gloriosa Escuela con la publicación de este tomo, al que seguirán otros varios.

El P. Velázquez de Figueroa fué uno de aquellos laboriosos frailes del tan injustamente maltratado siglo XVIII, que se metían en los archivos, registraban los documentos, los estudiaban y los catalogaban. Tal lo hizo el P. Velázquez en el archivo de nuestra Catedral, y tal lo hizo en el de la

Universidad, redactando un libro que, en sucintos términos, vino á contener indicación de las bulas, privilegios, fundación de cátedras y otras noticias importantes á la historia de aquel centro.

Al texto de este libro, ahora impreso, precede un notable prólogo del Rector Sr. Valverde, donde trata lo relativo á los orígenes de nuestra Universidad, problema verdaderamente intrincado y cuya solución pudiera estar en el archivo de la catedral de Palencia. ¡Qué dicha si todos los prelados siguieran el ejemplo del de León, por orden del cual se han catalogado últimamente los documentos existentes en el archivo de la *Pulchra Leonina!*

El libro del P. Velázquez lleva oportunas notas de D. Mariano Alcocer, jefe de la Biblioteca Universitaria, quien inserta también cuatro interesantes apéndices: I. *Algunos datos que completan el «Libro Becerro»*. II. *La Biblioteca Universitaria*. III. *Cátalogo de Varones ilustres*. IV. *Rectores de la Universidad*. El Sr. Alcocer es benemérito de la cultura. La labor, realmente gigantesca, que en poco tiempo ha realizado en el Archivo Universitario y Biblioteca de Santa Cruz, le hace acreedor á ese título.

Dan término al libro los *Estatutos* de la Universidad vallisoletana, traducidos—los antiguos—por el competente bibliotecario D. Francisco Fernández Moreno. Es una traducción hecha con mucha limpidez y transparencia.

Resulta, en suma, que debemos congratularnos por la feliz idea del Rector de la Universidad de Valladolid, puesta en planta gracias á la subvención concedida por el ex-ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, D. Santiago Alba.

* * *

FRANCISCO ANTÓN: *El arte románico Zamorano*. Valladolid, Imp. de E. Zapatero, 1918.—Es Francisco Antón uno de los más competentes conocedores del arte castellano. Como, además de serlo, es un literato ameno, fluído y castizo, sus escritos se leen con delectación.

En el que ahora nos ocupa hace un estudio tan preciso como exacto del arte románico en la ciudad de Zamora. Para ello, y como resultado de sus observaciones, establece diferenciales muy sólidas. De una parte, la distinción entre el grupo anterior y el posterior á la catedral; de otra, los ejemplares que son producidos del arte indígena y los que obedecen á influencia extranjera. En esta primera parte de su trabajo examina los ejemplares del viejo románico zamorano (San Claudio, Santiago el Viejo, Santo Tomé, San Cebrián y Santa María la Nueva).

Ilustran el trabajo numerosas y notables fotografías.

* * *

MIGUEL ANTONIO CARO: *Páginas de crítica*.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *El doctor Bebé*.—GIOVANNI PAPINI: *El crepúsculo de los filósofos* (traducción de José Sánchez Rojas). Madrid, Editorial-América.—Admirable es la labor que el gran poeta Blanco-Fombona está llevando á cabo con su

Editorial-América. En las varias *Bibliotecas* que abarca la empresa, están apareciendo obras maestras de la literatura hispano-americana, escogidas con el acierto que puede suponerse en tan perillísimo director.

Ultimamente han visto la luz los libros arriba indicados. En *Páginas de crítica* están recogidos varios de los más notables trabajos del insigne Miguel Antonio Caro, es á saber: *Andrés Bello.—Julio Arboleda.—Juicios sobre Bolívar.—El yanqui J. G. Draper.—San Cirilo de Alejandría.—Memorias histórico-políticas del general Posada Gutiérrez.—El general Santander.—La conquista de América.* Precede al libro un admirable prólogo de Antonio Gómez Restrepo, en que se estudia, con la brillantéz de pensamiento y gallardía de estilo peculiares al insigne secretario de la Academia Colombiana, la labor de Caro como crítico.

El doctor Bebé es una primorosa novela de José Rafael Pocaterra, uno de los escritores venezolanos de más mérito en la actualidad. Es una novela llena de verdad y encanto; en que tan bien trasladado se halla el ambiente de una urbe venezolana, con sus incidentes familiares y sus salpicaduras políticas, que aun los que más alejados estemos de aquellos bellos lugares hemos de apreciar la fidelidad y gentileza en la pintura. Una hermosa novela, en fin.

El crepúsculo de los filósofos es una obra original, atrevida, en que un genial escritor italiano, Giovanni Papini, penetra resueltamente, hacha en mano, en el campo de la filosofía. La traducción está hecha por José Sánchez Rojas, el querido colaborador de la REVISTA CASTELLANA, y dicho se está que es, como todas las suyas, un modelo. Papini enfila contra los grandes hombres de la filosofía, Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte, Spencer, Nietzsche, y pone de relieve lo mucho que en sus teorías hay de pueril y deleznable. Y lo hace con tal briosa persuasión, que el lector se adhiere *ipso facto* á su opinión.

* * *

LUIS CARRETERO: *La cuestión regional de Castilla la Vieja.*—Segovia. Antonio San Martín, 1918.—El Sr. Carretero arranca de un punto de partida totalmente falso: el deque Valladolid no es Castilla, sino León. A poco que se conozca la historia de nuestra comarca se comprenderá lo infundado de esa suposición. Si tan sabido no fuera, plenamente lo demostraríamos en la REVISTA CASTELLANA.

Claro es que, si la base es falsa, huelga en absoluto el libro del señor Carretero, ó á lo menos su intención principal.

Aun cuando, por sanción constante de los hechos históricos, Valladolid no perteneciera á Castilla, el resultado sería el mismo: Castilla y León, pese á caprichosas divisiones político-administrativas, son hoy una misma cosa.

Lástima es que se trate de disgregar y producir diferencias, cuando más necesario nos es, si hemos de trabajar por el engrandecimiento de nuestra querida región, identificarnos y aunar nuestros esfuerzos.

Los que en la REVISTA CASTELLANA escriben, y cuantas personas de seso pisan estos sacrosantos terruños, guardan el mismo cariño para todas las provincias castellano-leonesas.

* * *

MARCELINO GUTIÉRREZ DEL CAÑO: *Ensayo bibliográfico de «Tirant lo Blanch»*. Madrid. Tip. de la «Rev. de Arch., Bibl. y Museos». 1918.—Es este un folleto de interés, porque en poco espacio trata los puntos culminantes en la famosa novela de Martorell y Galba. No trata el Sr. Gutiérrez del Caño de rectificar lo mucho y bueno que en estos últimos se ha escrito sobre el *Tirant lo Blanch*, sino sencillamente de hacer un trabajo de condensación; y en efecto, ha logrado sus propósitos. Las descripciones bibliográficas son muy fieles y detalladas.

* * *

ALEJANDRO ANDRADE COELLO: *Tragedia floral*. Quito, Imprenta Nacional, 1918.—Es esta *Tragedia floral* un verdadero idilio-elegía, lleno de ternura y sentimiento. La delicada musa de Andrade Coello pone en estos versos sus más finas esencias.

* * *

E. LÓPEZ-AYDILLO Y S. RIVERA MANESCAU: *Fernando III, poeta gallego portugués*. Valladolid, Imp. Castellana, 1918.—Dos jóvenes cultísimos, redactores de la meritoria *Revista Histórica*, que tan importante papel juega en el movimiento científico de Valladolid, han dado al público un estudio de positivo interés para nuestra historia literaria. En él se da á conocer una cántiga gallega, conservada en el famoso códice del Beato de Liébana, de esta Biblioteca Universitaria. En opinión de los señores López-Aydillo y Rivera, esta cántiga fué compuesta por el rey D. Fernando III.

El plan de que se valen para su estudio, es el siguiente: 1.º El texto paleográfico.—2.º Restitución estrófica.—3.º Restitución crítica.—4.º Relación de esta cántiga con las de loor del Cancionero Marial.—5.º El autor y la época de la cántiga.—6.º El Rey Santo y los poetas gallego-portugueses.—7.º Glosario. Bien revela este plan el interés é importancia del trabajo á que nos referimos.

* * *

FRANCISCO ALEJANDRO LANZA: *El cuento de Pedro Corazón*. Montevideo, Luis y Manuel Pérez, Editores, 1918.—Libro es éste lleno de encanto y sentimiento, que se lee bajo una extraña impresión. «Pedro Corazón—dice en el prólogo Daniel Martínez Vigil—es una entidad real y viva que, en el Registro Civil y en los Libros parroquiales montevideanos, aparece inscripto con otro nombre: el de Francisco Alejandro Lanza.»

La prosa del *Preludio* es tan rica y transparente, como sutiles y espirituales los versos de todo el libro. Hasta los infantilismos y artificios tienen aquí su atractivo.

Queremos que el lector conozca uno de los bellos sonetos: el titulado *31 de Diciembre*:

Mientras en el reloj se muere un año
con tic-tac de cruel melancolía,
yo recorro el jardín del alma mía
donde se da la flor del desengaño.

Zarzales por doquier, silencio hurafío,
 brumas y broza, soledad sombría...
 Algún ave que canta en agonía
 contéplame al pasar, como á un extraño.
 ¡Pobre jardín ruinoso de tristeza!
 Abramada se abate mi cabeza;
 vibra todo mi ser estremecido...
 Y es que al mirar al suelo, he divisado
 una lápida en que alguien ha grabado:
 «Aquí yace un amor muerto de olvido.»

* * *

AURELIO BÁIG BAÑOS: *La verdadera fecha del retrato de Cervantes*. Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos, 1918.—D. Aurelio Báig Baños, nuestro culto y querido colaborador de REVISTA CASTELLANA, lleva publicados varios libros cervantinos á cual más notables, y que con justicia le han dado renombre entre los cervantistas. El que ahora nos ocupa es una recopilación de muy interesantes artículos publicados en el *Heraldo de Madrid*.

El Sr. Báig se hace eco, como no puede menos, de las dudas á que da lugar el famoso retrato de Cervantes en la Real Academia Española. Lo que se refiere á la fecha de 1600, parécele punto menos que imposible.

Confesemos que D. Estanislao Sacristán, primitivo poseedor del cuadro, aparece como un hombre raro y estrambótico que no puede merecer mucho crédito. La misma nota donde por primera vez alude á la pintura, es suficiente para hacer dudar al más confiado.

De otra obra del Sr. Báig Baños hemos de dar cuenta: es una novelita titulada *Antonio Real y Real*.

Recuerda esta novela, por sus lances y peripecias, aquellas que tan en boga estuvieron en manos de Fernández y González, Ortega y Frías, Tárrago, etc. El lector ávido de emociones recorrerá con interés los episodios de este libro, que revela la fecunda imaginación del autor.

* * *

JUAN AGAPITO REVILLA: *La obra de los maestros de la Escultura valisoletana*. Valladolid, Imp. de E. Zapatero, 1918.—No es culpa nuestra si hemos de prodigar alabanzas á los colaboradores de la *Revista Castellana*. Prueba será de que ellos figuran, por fortuna, entre los que honran las letras españolas, y de que su mérito y su amor al trabajo corren parejas.

Agapito Revilla es una autoridad en historia del arte. Sus numerosos y concienzudos libros lo han hecho reconocer así entre propios y extraños. Este que últimamente ha publicado, va á constituir una serie de tomos dedicados á estudiar la obra de aquellos grandes maestros del arte castellano. El primero está dedicado á Berruguete.

Hace, pues, una mención detenida de todas las obras que se conocen del gran escultor de Paredes de Nava. Forma de papeletas tiene, sí, la

relación; pero son papeletas sustanciosas y cabales, que han de prestar grandes servicios á los amantes de nuestra historia artística.

* * *

RAFAEL POMBO: *Obras*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1916 y sgtes.—El Congreso Nacional de Colombia, en 1912, dictó una ley para honrar la memoria de Rafael Pombo, muerto en 5 de mayo de aquel año, y en ella dispuso que las obras literarias del poeta se imprimieran por cuenta de la nación, bajo la dirección de la Academia Colombiana.

Este acuerdo se ha llevado á cabo, y Antonio Gómez Rertrepo, el ilustre literato colombiano, ha dirigido la edición. Tal es de notable.

El prólogo que Gómez Rertrepo ha puesto al libro, encierra el más acabado estudio que se ha hecho del poeta bogotano. La transparencia crítica de Gómez Rertrepo nos presenta ante la vista, individualizado literariamente en forma inconfundible, al autor de *La Hora de Tinieblas*.

* * *

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA: *El Diablo Cojuelo*.—RUÍZ DE ALARCÓN: *Obras*. Madrid, *Clásicos Castellanos*, 1918.—La Casa editorial de *La Lectura* ha aumentado su magnífica colección de *Clásicos Castellanos* con dos nuevos tomos: *El Diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara, y algunas *Obras* de D. Juan Ruíz de Alarcón.

El Diablo Cojuelo lleva prólogo y notas de Rodríguez Marín, y dicho se está que en uno y en otras campea la sana y jugosa erudición que es peculiar al insigne Director de la Biblioteca Nacional.

Otro tanto puede decirse del prólogo y notas con que Alfonso Reyes ilustra *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*. Conocedor profundo, por diversas razones, del dramático mejicano, Alfonso Reyes traza en el prólogo una biografía tan concisa como exacta de Alarcón, y formula un juicio certero sobre su carácter literario.

* * *

RUÍZ DE ALARCÓN: *Páginas escogidas*.—BALASAR GRACIÁN: *Tratados*. Madrid, Casa Editorial Calleja, 1918.—El mismo Alfonso Reyes ha preparado la edición de estos dos lindos tomos, pertenecientes á la Biblioteca Calleja.

En el primero, después de un notable prólogo, extracta varias obras de Alarcón, con inserción de sus más interesantes escenas. En el segundo, que también lleva breve y oportuno prólogo, reimprime las siguientes obras de Gracián: *El Héroe*, *El Discreto*, el *Oráculo manual* y la *Descripción de la batalla de Lérida*.

* * *

GABRIEL MARÍA VERGARA: *Cosas notables de algunas localidades españolas según los cantares y frases populares*. Madrid, 1918.—Nuestro colaborador D. Gabriel María Vergara, cuya obra es tan abundante como docta, acaba de publicar este folleto, de gran interés para el *folklore* español.

De su título se deduce el contenido. El pueblo, admirable observador, deja memoria en sus dichos y cantares de cuanto impresiona su imaginación. Los cantares y frases que el Sr. Vergara colecciona, refiérense á las cosas notables, en bien ó en mal, á las costumbres y á los recuerdos que encierran diversas localidades españolas, y que por conducto popular corren en alas de la fama.

Quien conozca otros libros del Sr. Vergara comprenderá que éste, no obstante sus cortas dimensiones, es sumamente curioso.

NOTAS Y COMENTOS

Enviamos la expresión del más profundo sentimiento al asiduo colaborador de la REVISTA CASTELLANA D. César Moreno, nuestro querido amigo, por el rudo golpe que acaba de sufrir con el fallecimiento de su señor padre.

* * *

El Ateneo de Valladolid ha celebrado la apertura de curso con una interesante conferencia de D. Miguel Romera Navarro, Profesor de la Universidad de Pensilvania.

* * *

El número de la Revista *Cervantes*, correspondiente al mes de Octubre, contiene el siguiente sumario:

- I.—*El consuelo de morir*, por Edmundo González-Blanco.
- II.—*La España de Carlos III*, por Diego San José.
- III.—POETAS ESPAÑOLES: *Las dos fuentes é I. M.*, por Fernando Maristany; *Deja que duerma el corazón*, *El terciopelo rosa de tus senos...* y *El Retorno*, por Ramón Prieto y Romero; *Ensueños líricos*, por Manuel Verdugo; *Crepúsculo*, por Eliodoro Puche y *Como la brújula*, por José Bruno.
- IV.—SILUETAS LITERARIAS: *El manco de la superstición*, por Antonio Valero de Bernabé.
- V.—DE ARTE ESPAÑOL: *Mariano Benlliure y su obra*, por Francisco Pompey.
- VI.—*El señor diablo*, de Eça de Queiroz (Traducción de Andrés González-Blanco).
- VII.—CUENTOS ESPAÑOLES: *Mimí en el Palace*, por J. González Rigabert.
- VIII.—LITERATURA PORTUGUESA: *Los Albores*, por León Martín-Granizo.
- IX.—TEMAS ESPAÑOLES: *El país de la resignación*, por Alfredo Villanueva.
- X.—CUENTOS AMERICANOS: *El suplicio del recuerdo*, por Carlos H. Endara.
- XI.—*Mosaico*, por Vicente Pasqual.
- XII.—POETAS HISPANO-AMERICANOS: *En el desierto*, por Manuel José Othón.

ÍNDICE DE LOS TOMOS III Y IV

TOMO III (1917)

| | |
|--|-----|
| Agapito Revilla (Juan) | |
| Entradas de los Príncipes de Castilla en Valladolid en 1497... | 254 |
| Alonso Cortés (Narciso) | |
| Episodios de juventud..... | 52 |
| Manuel del Palacio..... | 145 |
| Alvarez Quintero (S. y J.) | |
| Romance..... | 122 |
| Báig Baños (Aurelio) | |
| A mi mal tajada peñola..... | 162 |
| Benavides (Nicolás) | |
| El poeta de la raza..... | 91 |
| Berrueta (Mariano D.) | |
| El oro del saber..... | 230 |
| Delgado (Sinesio) | |
| El buey suelto..... | 57 |
| Cortés (Juan) | |
| El «Pisto-Club»..... | 87 |
| Díaz de Escovar (Narciso) | |
| Una anécdota de Zorrilla..... | 77 |
| Anales de la escena española.... | 195 |
| Sensaciones..... | 219 |
| Díaz-Jiménez Molleda (Eloy) | |
| Las rejas leonesas..... | 153 |
| Diez Sanjurjo (Manuel) | |
| De Clunia á Intercacia según el Itinerario de Antonino. 105, 185 y 201 | |
| Garrachón Bengoa (A.) | |
| Una carta de Zorrilla..... | 102 |
| Grangel (Ramón S.) | |
| Muy siglo XX..... | 35 |
| Is-car-Peyra (Fernando) | |
| El muerto al hoyo..... | 139 |
| Jaramillo Meza (Blanca) | |
| Paréntesis. — Berta..... | 32 |
| Jaramillo Meza (J. B.) | |
| Nazareno-Memnón..... | 212 |
| Jiménez (Juan Ramón) | |
| Al mar anochecido..... | 96 |
| Juliá Martínez (Eduardo) | |
| Don Santos Díez González..... | 245 |

| | |
|---|-----------|
| Jurado de la Parra (J.) | |
| Zorrilla..... | 72 |
| Lapi (Fernando d') | |
| Ante un cuadro de Salaverría..... | 191 |
| López Argüello (Alberto) | |
| Oración de la mañana..... | 14 |
| Manegat (Luis G.) | |
| Los ciudadanos del Club Zorrilla..... | 79 |
| Crónicas catalanas..... | 147 |
| Medina Bocos (César de) | |
| El fuego..... | 16 |
| Mele (Eugenio) | |
| Las poesías latinas de Garcilaso de la Vega y su permanencia en Italia..... | 169 y 220 |
| Moreno García (César) | |
| El estreno del «Tenorio»..... | 60 |
| La novela de Amadís..... | 125 y 213 |
| Navarro (Rafael) | |
| Tierras de Carazo..... | 18 |
| Nieto (José) | |
| Peripecias de un estreno..... | 93 |
| Nistal (Alfredo) | |
| Levántate y anda..... | 159 |
| Oliveros (Wenceslao G.) | |
| El Poema del Azor..... | 165 |
| Palacio (Eduardo B. del) | |
| Pasionaria..... | 250 |
| Pintado (Sidonio) | |
| El Arte en la escuela..... | 137 |
| La enseñanza del dibujo..... | 247 |
| Rodao (José) | |
| Al poeta Zorrilla..... | 78 |
| Frente á la vida..... | 183 |
| Rodríguez Pinilla (Cándido) | |
| La niña mendiga..... | 33 |
| Salado (Luis) | |
| La vida teatral..... | 38 y 197 |
| San Román (Miguel de) | |
| Zorrilla dramaturgo..... | 99 |
| Sandoval (Manuel de) | |
| El romanticismo de Zorrilla..... | 75 |
| Santander (Federico) | |
| Echegaray y su teatro..... | 1 |
| Taladriz (Angel A.) | |
| De vita et moribus..... | 82 |
| Valencia (Carolina) | |
| Crepúsculos..... | 15 |

| | |
|---|----------------|
| Valladar (Francisco de P.) | |
| El Tenorio y ¿Granada?..... | 74 |
| Vela (José María) | |
| El poema de mis veinte años..... | 142 |
| Velao (Darío) | |
| Los apuros de Zorrilla..... | 97 |
| Vergara (Gabriel María) | |
| El luto de las Cortes de 1598 por la muerte de Felipe II..... | 196 |
| Yaque (José A.) | |
| Una salida de Oráa..... | 243 |
| Ylera (Zacarías) | |
| Letanía profana..... | 57 |
| Zorrilla (José) | |
| Alto en el desierto..... | 49 |
| <i>Autógrafo</i> | 59 |
| <i>El mes en Castilla</i> | 40 |
| <i>Libros recibidos</i> | 152, 200 y 248 |
| <i>Notas</i> | 48 y 151 |
| <i>Registro bibliográfico</i> | 46, 150 y 200 |
| <i>Un centenario</i> | 134 |

TOMO IV (1918)

| | |
|--|-----------------------|
| Agapito Revilla (Juan) | |
| Anotaciones á los «Extractos de los Diarios de los Verdesotos de Valladolid.»..... | 65, 107, 153 y 180 |
| Alonso Cortés (Narciso) | |
| Manuel del Palacio..... | 7, 55, 115, 157 y 165 |
| Antón (Francisco) | |
| Un yacimiento ibérico..... | 26 |
| Andrade Coello (Alejandro) | |
| Quiteñas..... | 18 |
| ¿Dónde está el mal?..... | 46 |
| Visión helénica.—Porque eres buena..... | 72 |
| Motivos nacionales..... | 115 |
| Flores que no mueren..... | 138 |
| Báig Baños (Aurelio) | |
| Amor y Castidad..... | 47 |
| Bécquer y Cejador..... | 81 |
| Después de la lectura de «Marichu»..... | 111 |
| Benavides (Nicolás) | |
| En tu pecho..... | 86 |
| Díaz de Escovar (Narciso) | |
| Anales de la escena española..... | 95 y 122 |
| Díaz-Jiménez Molleda (Eloy) | |
| Fray Cipriano de la Huerga..... | 12 |

